

tra hermana: olvidad todo otro tratamiento mas tierno. Combatid toda afeccion que no sea la de una fraternal amistad. Rogad el uno por el otro, y pedid al Padre celestial, la paz, la dulce paz, ese tesoro prometido á aquellos cuya voluntad es buena,"

—“Benedicidnos, entonces, ¡oh padre mio, replicó Natividad, poniéndose de nuevo de rodillas delante del santo anciano y llevándome consigo.

“El padre Olivier estendió sus manos pidiendo para nosotros la resignacion y el valor.

“¡Ah! esta era otra bendicion que yo esperaba!

“El nos acompañó al Cabo. Sin entrar en ningunos detalles con Mazé-Kervella, le dijo que yo estaba decidido á reemplazar á mi hermano y á partir. El carpintero se admira de pronto y por la primera vez creí comprender que preferia á Andres. Se quejaba del gusto que los jóvenes tienen por los viajes. En otros tiempos se hubiera juzgado perdido el que hubiera dejado á su parroquia cuatro leguas atras.

Se tenia á sus pobres muertos en su casa, en su campo; hoy parece que todo ha cambiado; el techo paterno nos parece demasiado viejo, y tenemos cuidado de salvarnos cuanto antes, de miedo de que caiga sobre nosotros. Dentro de

poco, los niños de cinco años, le amarán menos que las golondrinas, que van yo no sé donde, á la llegada del invierno. Mas saltarán como los pequeños pajarillos entre la zarza, porque no vuelan ni alto, ni lejos.

“Despues de estas palabras, baja su sombrero hasta los ojos, cruza sus brazos, y nos vuelve la espalda. No procura indagar si Natividad creia perder algo con este cambio. Que fuera Andres ó yo, ella tendria un marido, y ¡á quién podria importar ésto, si no era á Mazé-Kervella? El no soñó siquiera en consultar á su hija sobre la eleccion de un esposo, como si se tratara de los surcos de los campos, para los que es indiferente sembrarlos de lino ó de trigo. ¡Su hija no era su propiedad!

Al dia siguiente, estuve todo el dia ocupado; hacia parte del equipaje de un navío que dentro de algunos dias debia de hacerse á la vela para Tolon, y en seguida, comenzar un viaje cuya duracion seria por lo menos de tres años. El comandante, muy amigo de mi viejo protector, supo por él toda mi historia, se conmovió, y me dió muestras desde luego de su benevolencia, prometiéndome esceptuarme de todo servicio y hacerme su secretario.

“A mi vuelta de la villa, encontré á Mazé-Kervella trabajando en la playa. Estaba solo. Al verme venir de lejos, habia interrumpido su ocupacion, y con el martillo en la mano y la es-

palda apoyada en la barca que comenzaba, me aguardó, cantando á media voz algunos versos de los salmos de David. Estos cantos sin duda, tenían por objeto disimular el fastidio que realmente le causaba mi partida; fastidio de que él estaba avergonzado. Las primeras palabras que me dirigió, se resentían de su mal humor contra mí y contra él mismo.

—“Y bien! Cuándo partís? ¿Esta tarde? ¿Desde luego?”

—“No tengo mas que cinco dias para permanecer en Bretaña,” respondí, profundamente herido por la acogida glacial y la pregunta llena de rudeza de mi padre adoptivo.

“Este tomó entre sus manos un boton de mi chaleco, y teniéndome así, fija sus ojos sobre los míos, con una cólera aparente. “Mazé-Kervella es un hombre duro, me dice, perverso; no se puede vivir con él: ¿no será mejor ir demasiado lejos para no verlo mas?”

—¿Quién ha dicho eso? exclamé, ¡vos un hombre duro! ¡vos perverso!

—¡Ah, Dios mio! si yo fuera otra cosa, ¿estarías violento por partir? continuó el maestro carpintero. ¡Perezcan los colegios y los libros, si ellos no nos enseñan mas que la ingratitud! ¿No os he tratado como hijo? ¿Qué diferencia he hecho entre Natividad y vos? Si no hubie-

ra temido ser injusto, no hubiera esperado que el cielo decidiera entre vos y Andres, para daros mi hija y todo lo que poseo, aunque vos nada teneis que darme en recompensa. ¡Buscad en la parroquia si hay otros como yo, cuando siempre bastan unos escudos de mas ó de menos entre dos novios para deshacer el matrimonio mas conveniente y mas deseado! Me he equivocado en el concepto que me habia formado de vos. Vos estais demasiado sabio y demasiado orgulloso de vuestra ciencia, para estimar á Mazé-Kervella y á su hija.

“Estos raproches, tan poco merecidos, me afligian sin sonrojarme: “Pongo al cielo por testigo, respondí, que quisiera morir al dejar vuestra casa, porque no seré feliz en ningnna otra parte. Trabajar siempre á vuestro lado, hacerme realmente vuestro hijo; ved la única atribucion que tengo desde que volví al Cabo.

“Mazé hizo un gesto de impaciencia y dijo:

—Entonces, ¿por qué te vas?

—¿Por qué? dije. ¡Ah! ¡No me lo preguntéis!... Y sin embargo, es necesario responderos; Andres alimentaba esta misma ambicion: él ama á Natividad, y matará si no lo reemplazo ahora.

“La admiracion de Mazé-Kervella me hubiera hecho sonreír, si hubiera estado menos inte-

resado en lo que acababa de decirle. Matarse por una mujer, le parecía la mas extravagante, la mas inesplicable de las locuras humanas. No ignorais cuanto se diferencian las costumbres de nuestras campiñas, de las caballerescas.

“La jóven bretona puede ser amada antes ó despues de su matrimonio; ¿pero este amor hace de la sortija de las nupcias un anillo de servidumbre? ¿Pero su amante, convertido en marido, rehusa á su compañera un asiento en la mesa de la familia, y no le permite nunca el amable tuteo de la juventud y de la libertad? El maestro carpintero no creía absolutamente en la posibilidad de un suicidio por el amor, no me dijo nada por lo mismo; pero tendiéndome la mano cordialmente, continuó:

—“Tú eres un buen muchacho, Adrian, mi casa estará siempre abierta para tí.

“Y sin darme mas esplicaciones, deja caer el martillo sobre las tablas mal ensambladas, y dá redoblados golpes.

“Me quedaban cuatro dias para permanecer en el Cabo; debía partir el quinto. Consagré este tiempo á paseos solitarios. El curioso que visita nuestra península, ha visto todo lo que en ella hay de notable: el Calvario de Plougastel, el Claustro de Daoulas, el famoso paso cuya agua se eleva cuando la mar baja, y baja cuando la mar se eleva. Puede ser que admire tam-

bien el bello punto de vista de Roc-Nivélen ó el mirador de Kérerault. Recorriendo esta última campiña, aparece sobre el viejo muro, el escudo de los antiguos señores, dentro del cual se encuentra grabada esta divisa que todos los hombres debian adoptar:

*De Kérerault el anhelo
Es la virtud practicar,
Verdadero honor guardar;
Y vivir para ir al cielo.*

Despues de estos monumentos, de estas vistas de la mar, de esta inscripcion que tiene la fecha de 1623, el ojo del extranjero se fatiga y no ve lo demas. ¡Pero yo, cuanto interes tenia por todo lo de estas campiñas! ¡Cuánto amaba las capillas del Passage, de Saint-Jean, de Saint-Adrien, de la Fontaine-Blanche! ¡Los bosques de Cosquer, la cabaña del Tejedor, el cementerio de la parroquia, estaban para mí llenos de recuerdos! Por última vez seguí desde nuestras playas el vuelo indeciso de las garzotas y los juegos de las enormes marsípolas; por última vez fuí por todos los caminos, por todos los senderos, respirando con todo mi pecho, con esa superabundancia de vida de la juventud y del amor. No sé cómo esplicar mis emociones de entónces, pero yo estaba á la vez lleno de dolor y de embriaguez. Si encontraba alguna jóven yendo al pozo, como Rebeca, ó hilando en su mesa como las matronas romanas ó las castellanas de la edad media; si veia á una madre sen-

tada en su puerta, mecer en sus rodillas á un niño para dormirlo; si apercibía una caravana de pequeños pastores, reunidos á un extremo del arenal, como una parvada de perdices, sentía un peso en mi corazón, mi pecho se ahogaba con los suspiros, mi sangre corría con mas calor y mas abundancia en mis venas: estaba contento, arrebatado y devorado por las penas.

“Prefería, sobre todo, detenerme en las crestas de Roc-Nivélen y prolongar allí mis adioses. Allí mi hermana se habia transformado con mis lecciones. Sentada sobre estos bancos de rocas cubiertos de musgo, ¿no habiamos admirado juntos la vasta estension del cielo, la frescura de las campiñas, y la belleza de la mar? ¿No era en este lugar, donde recogiendo una flor para señalar el libro, ella fijó sus ojos en los míos, interrogándome con una curiosidad infantil? ¡Oh distracciones de la discípula, cóleras del maestro, reproches, quejas, enfados encantadores! ¿Qué os habeis hecho? Bajo las velas infladas, las barcas cargadas de arena podian pasar reunidas y seguir la fila en las sinuosidades del Elorn, los pescadores de Kerhor podian atravesar el Passage y remar cantando; yo estaba solo, viéndolos, ó mas bien dicho, no los veía. Un sitio vacío á mis pies, y en la rada un navío; hé aquí en lo que se fijaban mis ojos.

“La mañana del dia en que debía yo de dejar el Cabo, atravesé todavia este lugar para

volver á Roc-Nivélen. Andres queria acompañarme allí, pero le rogué que me permitiera ir solo. Afecté en su presencia una gran calma y valor que no tenia la dicha de poseer; si él me hubiera seguido á la roca, me hubiera sido preciso traicionarme ó contrariarme: Dentro de una hora, le dije, estaré pronto á entrar en el barco, prepara nuestros remos.

—“Yo soy quien te debe conducir á bordo, respondió Andres, con voz temblorosa; yo te destierro de tu país, yo tomo todo lo que te pertenece. ¡Oh caro amigo, cuánto me debes despreciar!”

“Lejos de mí este pensamiento, repliqué; tengo un recurso que á tí te falta; y por esto no estoy mas que herido del golpe que á tí te hubiera dado la muerte. No tengo desprecios para tí, como tú no debes tener admiracion por mí. Los dos estamos llenos de pasiones y de debilidades. La diferencia que existe entre nosotros, no es ni para tu vergüenza, ni para mi gloria; viene de mas alto.

“Andres colocó sus labios sobre mis manos, y yo refunfuñé dulcemente, dirigiéndome hácia Roc-Nivélen.”

“¡Habia sido sincero al manifestarle á mi amigo que no le despreciaba; pero que mi sacrificio estaba muy lejos de tener esa pureza tranquila, esa firmeza heroica que se le habia querido su-

poner! Algunos momentos me arrepentia de mi accion generosa, como de una falta; otras veces me decia yo que el matrimonio no podria tener lugar, que algun acontecimiento imprevisto lo impediria; sin duda, una esperanza culpable se deslizaba dentro de mí.

“Felizmente Dios está siempre allá para el que le ruega y le invoca.

“Natividad estaba sentada en la cima de Roc-Nivélen. Me habia visto atravesar la aldea, subir el arenal y me esperaba. Su aspecto no tenia esa abnegacion febricitante, que revela una alma agitada; su frente estaba en calma y su boca casi sonreia. Sus ojos húmedos indicaban lágrimas recientes, pero que muy bien se podian atribuir solamente á una vaga melancolía.

“Una de sus manos sostenia su cabeza pensativa, y en la otra tenia una rama de acebo, de la que habia quitado alguuas hojas para buscar presagios. Me hizo seña para que me sentara á su lado, y me dijo:

—“¿Ves esa hoja que está á tus pies? la acabo de consultar ahora, y me ha prometido que tú volverás al Cabo y que yo te recibiré.”

“Tomé la hoja:

—“Guárdala, continuó mi hermana; me la mostrarás á tu vuelta. Estoy seguro que ella no me ha mentado.”

“Me acordé de las dos ramas de acebo plantadas en la arena, y hablé de ello á mi hermana.

“¡Ya ves, dijo ella, que los presagios no engañan jamas! La primera vara arrancada debia designar al mas infeliz; esta vara era la de Andres.

“La segunda ola la arroja sobre la arena y eleva la tuya: ¿no es esta la historia de tu abnegacion?

—“Una tercera ola, repliqué, las cubrió á las dos y no las volví á ver: si nuestras varas dicen verdad, temo que ni uno ni otro seremos felices. Siempre, hermana mia, yo recibo de tí esta hoja de buen agüero; me gusta el acebo; veo en él el símbolo de un amor profundo y sin esperanza. La primavera y el estío no le dan ni flores embalsamadas, ni frutas agradables; pero en cambio, el invierno se olvida de desnudarlo. Siempre constante y triste, ya sea bajo la influencia de la nieve, como bajo la del sol de Mayo, permanece lo mismo; mientras que está en la tierra, conserva su inútil juventud y sus crueles espinas.

—“Ni el uno ni el otro ha de ser feliz, murmuró Natividad, que no habia prestado ninguna atencion á mis últimas palabras. Adrian, creo comprender el último presagio. Yo no seré la esposa de Andres, porque moriré jóven, moriré

pronto. ¿Pero por qué preocuparme con estas cosas?

He reflexionado mucho desde ayer, y creo que el hombre se atormenta mucho por una vida que no vale la pena. Amemos á Dios, resignémonos á su voluntad, y si no tenemos la paz en este mundo, la tendremos en el otro y la dicha también.

Habia en esta palabra, felicidad, un encanto, una seducción inexplicable. Mi corazón no se habia llenado de orgullo; no habia envidiado ni los tesoros del avaro, ni los honores del ambicioso; pero estaba ávido de felicidad, lo estoy todavía, ¡ah! y lo estaré siempre. La felicidad habia dicho Natividad; y yo oía resonar ese nombre divino, como una música armoniosa. ¡Feliz, decía yo, el hombre ligado á la vida por las cadenas sagradas de la familia. ¡Feliz aquel que tiene una esposa virtuosa á quien amar, que siente dos pequeños brazos en rededor de su cuello y se oye llamar *padre mio!*

Los votos de Natividad eran mas simples todavía. Como en mí la palabra que habia pronunciado, la palabra mágica, habia obrado sobre ella. Extendió la mano hácia la casa del Cabo, que nosotros veíamos en un grupo de follaje, y con un acento lleno de tristeza, exclamó:

“Oh Adrian, estábamos tan bien los dos juntos! ¿Tú no hubieras querido, es verdad,

cambiar por nada nuestra felicidad de entónces? ¿Tenia yo necesidad de ser tu esposa ó la de Andres? Soy vuestra hermana, vuestra amiga, y esto vale mas. Dime, ¿no llegará ese dia? ¿Crees que mi padre tiene tal empeño por ese matrimonio? ¡Oh! si él me permitiera quedar para tí, lo que yo era ántes, una hermana y no mas, despues de esta larga ausencia de ocho años, volveríamos á nuestra apacible existencia; Andres no tendria nada que envidiarte, no tendrías tú nada que desear mas que él, y yo seria también la misma para los dos.

“Esto no nos bastaba. Yo sacudí la cabeza. Natividad bajó los ojos y suspiró.

“Ella continuó. Allá delante de la floresta, en el lugar donde se ocultá el Elorn, hay un convento de Calvarienses. Lo rodean los bosques, el rio corre al pié de sus muros. Yo he pasado cerca de ese monasterio, y he oído los cánticos que se entonan allí muchas veces al dia. Cuando tú estés léjos, allí es donde quiero vivir.

—“Tu deber te ordena permanecer en el Cabo, respondí yo, levantándome violento, por terminar una conversacion tan penosa. Obedecerás á tu padre, y despues de haber amado á Andres como á un amigo, le amarás como á un esposo. Andres merece la ternura de su esposa, y si mi recuerdo puede dañar esta ternura, arráncalo de tu corazón. Tú harás todos los

esfuerzos para mostrar á aquel que te ama un semblante sereno; es necesario que no se arrepienta de haberte escogido para su compañera; es necesario no hacer inútil nuestro sacrificio.

“¿Al menos tú volveras? dijo Natividad levantándose y descendiendo conmigo de la roca. ¡Oh! ¡con cuánto ahineo mis ojos buscarán frecuentemente tu navío sobre esta rada!

Mazé-Kervella, el anciano padre y Andres, venian á nuestro encuentro: Pied-Blanc los precedia con manifestaciones de alegría: se arroja sobre mí jugueteando y me lame la cara. Las caricias de este perro, me hicieron perder la apariencia de valor que yo habia conservado con tanto trabajo. El acompañaba á Natividad cuando nosotros la encontramos con los pies desnudos en el arroyo, á nuestra vuelta del colegio. ¡Qué diferencia de la acogida que nos hizo entónces, al adios de Roc-Nivélen! Entónces yo no tenia mas que diez y siete años; era un niño lleno de ilusiones amorosas; no conocia de las pasiones sino esa inquietud misteriosa, esos deseos ocultos, fragantes flores que la tempestad deshoja luego, para dar lugar á amargos frutos. Desde este dia el perro del Cabo nos acompañaba á todos nuestros paseos, y á cualquier lugar á donde se dirigiera Natividad, ya fuera á la entrada de la barrera, bajo los sauces del lavadero ó al borde del arroyo ó en medio de las amapolas amarillas, de los abetos ó de los helechos, ó sobre una roca en la playa,

siempre habia visto yo á Pied-Blanc acostado á los pies de la niña. Perdido en mis recuerdos, no pude reprimir un gesto de dolor; llevé la mano á mi frente como para arrancarme mis pensamientos. Natividad me comprendió, rechazó al perro y se ocultó tras de su padre.

“Marchamos en silencio hasta el navío, abracé á los dos hombres que llamaba con el nombre de padre, y dirigí á Natividad una última mirada, con la que hubiera querido dejarle mi vida. Sola, con la cabeza inclinada sobre el pecho, y ocultándose á medias en los pliegues de su delantal, la pobre niña se mantenía un poco atras sin mezclarse á las caricias de la despedida. Su padre le preguntó por qué no me abrazaba; entónces levantó la cabeza, con la mejilla roja y los ojos medio cerrados. Llena de confusion, vaciló un momento; despues, como impulsada por la vehemencia de su corazon, se arrojó en mis brazos y apoyando su mano derecha en mi espalda, se entregó á toda su pena. Ninguna palabra salió de su boca; pero su llanto inundaba mi pecho. Toqué apenas su frente con mis labios temblorosos; volvi los ojos y no osé ni verla, ni tocarla; me sentia morir.

“¡Esta era toda la felicidad que el amor me reservaba!

“Andres habia tomado los remos; el barco se dió á la vela, y un momento despues, no oia ya las bendiciones del sacerdote, ni los buenos